

CAPITULO XIII.

Llega Scipion á Nápoles con sus compañeros. Sucesos de aquella ciudad , y fin de la historia de la Aventurera.

Visitamos todas las ciudades mas famosas de Italia (prosiguió Scipion) y no me descuidaba de preguntar por Gil Blas en todos los lugares que encontrábamós en nuestro tránsito, particularmente si en ellos ó cerca de ellos habia algunos Monasterios de Recoletos ó Solitarios. Después de habernos detenido en Roma algunos dias, nos dirigimos á Nápoles: en esta ciudad se habia de separar de nosotros Don Abél, pensando embarcarse en qualquier navio que se hiciese á la vela para España, á donde habia resuelto restituirse después de haber viajado tanto, para vivir en paz y en sosiego los dias que le restasen de vida. Una tarde que todos tres nos fuimos paseando al puerto, le observé que de repente se inmutó extraordinariamente, perdido del todo el color, interceptada la respiracion, y pálido como un difunto. ¿Qué tiene Vmd. Don Abél? le pregunté inmediatamente. ¿Qué cosa ha visto, que tanto le ha alterado? ¿O qué repentino mal le ha

so-

sobrevenido? Al mismo tiempo veo destacarse de entre un grueso pelotón de gentes, que á todas horas y en todas partes se encuentra en aquella populósísima ciudad, una muger modestísimamente vestida, que se viene á nosotros, se arroja á los pies de Don Abél, y prorrumpe en un deshecho llanto. Nos pareció muy extravagante un cumplimiento como aquel en aquella publicidad, y á vista de un inmenso pueblo; pero cesó nuestra admiracion, quando la oimos llamar á Don Abél por su nombre, y reconocimos que era la famosa Poliandria. Luego nos picó la curiosidad de saber, cómo se habia librado de los rigores de la Justicia de Turin, y Don Abél, no cabiendo en sí de alegría, la tomó por la mano, y la conduxo á nuestra posada.

Llegados á ella, todos nos sentámos, intimándonos nosotros mismos un profundo silencio, y Poliandria dió principio á su relacion de esta manera. Después que mi Don Abél se partió de Turin todo horrorizado, por no ser testigo del terrible suplicio que me estaba aparejado, y que yo tenia tan merecido, comenzó á mudar de semblante mi desgracia. El Señor Juez, que con motivo de llamarme freqüentemente á recibir mi confesion, habia tenido gran tiempo para observar y contemplar todas mis facciones, se sintió un poco inclinado á quererme bien, y tuvo la bondad de mandar al Alcayde de la cárcel, que me tratase con la mayor atencion. No contento con esto, comenzó á honrarme con algunas visitas noctur-

TOMO V.

PP

nas

nas, y agradándole mi conversacion, determinó hacerse toda la fuerza posible para que por esta vez tuviese paciencia su avaricia, y lleváse á bien ser sacrificada á la otra mas dulce y mas alagüeña pasion. En suma me dieron libertad, quando todos estaban persuadidos á que moriria en una hoguera. Se me restituyó la mayor parte de mis alhajas y dinero, con lo qual me volví á mi bella casa de campo, á donde el Señor Juez iba con frecuencia á favorecerme, pero valga la verdad: yo no podia gozar completamente de mi impensada felicidad, porque no participaba de ella mi adorado Don Abél. Vuestra memoria Señor (añadió, volviéndose á él) habia echado tan profundas raices en mi alma, que á todas horas os deseaba, y en todos los momentos os tenia presente. En suma, ya no me era posible estar mas largo tiempo sin vos; y así tomé la resolución de buscaros por todo el mundo. Puse en orden mis cosas, y di principio á mi giro corriendo todas las ciudades de Lombardía, donde inútilmente solicité noticias de vuestra persona. Al llegar á Génova, me embarqué en un pingue Catalán, para trasladarme á España, donde esperaba encontraros. Desembarcamos felizmente en Barcelona, donde con gran sorpresa mia, me encontré con mi antiguo Don Rafaelino Capicelatro. Halléle muy bien puesto, y preguntándole qué empleo tenia en aquella ciudad, me respondió que tenia el honor de suplir al Capatáz de los Alguaciles, empleo que no solo me dá

dá para tratarme decentemente, sino tambien para regalarme, y por otra parte me hace ser muy respetado de toda clase de personas. He aprendido, que para ser uno rico en esta profesion, es menester no ser muy escrupuloso en no exercitar las órdenes de la Justicia. Los que no están en gracia de ella, pagan bien las infidelidades que usamos en nuestro ministerio á su contemplacion. Explicaréme: uno de estos dias vino orden de la Corte para arrestar á un Caballero forastero que estaba en esta ciudad, el qual estaba tenido por espía del Rey de Francia; yo tuve la caridad de avisarle, y habiendome regalado cincuenta doblones, se burló felizmente de todas las diligencias que de ceremonia hicimos en su casa para sorprenderle. Justamente quando Don Rafaelino me estaba diciendo estas palabras, y me daba á entender la buena fortuna en que se consideraba, llegó una tropa de sus mismos subalternos, y en presencia mia le maniataron, y arastrando le llevaron á la cárcel. Lo peor de todo fué, que tres dias despues le ví convertido en racimo de una horca, sin que todas las conveniencias de su empleo, ni lo mucho que le respetaban, según él decia, toda clase de personas, le hubiesen podido librar de aquel importante infortunio. Confieso que sentí mucho haber llegado á Barcelona á tan mal tiempo, no ya porque conserváse todavia la mas mínima inclinacion á aquel mozo, sino porque recelé que quizá habria sido yo la primera causa de su desgracia, por haber

berle sugerido máximas ménos arregladas á lo que nos piden la Religion, el honor y la sociedad. Dexando, pues, la capital de Cataluña, viagé por toda España, y habiendo llegado á vuestra patria, supe por vuestros agentes, que á la sazón estabais para entrar en Italia. Al punto volé á Alicante, y encontrando una embarcacion que se dirigia á este puerto, pasé el mar, y he tenido la fortuna de encontraros con aquel gozo que podeis imaginar, quando creais que vos sois la mitad de todos mis deseos.

Dicho esto, se hicieron recíprocamente los dos enamorados las mas finas expresiones, y concluidas todas aquellas que convenian á las presentes circunstancias: ¿qué se hizo (preguntó Don Abél á Poliandria) de vuestra plata, de vuestras joyas y de vuestro dinero? Ya os lo diré, respondió ella, que gracias á lo que me favoreció el Señor Juez de Turin, se me restituyó la mayor parte de todo lo que era mio: y así la plata y las joyas quedaron depositadas en un Convento de Monjas de aquella ciudad, como tambien el dinero que restó de una buena cantidad que yo tomé para gastos del viage. Pero habiendo tenido la dicha de encontraros, quiero poner en execucion lo que firmemente tengo determinado, y es, dexaros á vos todo lo que tengo, y retirarme á un Convento de mugeres arrepentidas, para hacer en él penitencia de mis enormes y gravísimos pecados. Es posible (replicó Don Abél, lleno de confusion al oír semejante propo-

si-

sicion) es posible Poliandria que hayais tenido valor para una resolucion tan heroyca! No lo dudeis, respondió ella prontamente; tengo bien conocida, ó por mejor decir, muy experimentada la inconstante fortuna de este mundo; fuera de eso sé muy bien que soy rea de innumerables y enormísimas culpas, de las cuales ya es mas que tiempo de hacer penitencia. Desde que salí de la cárcel me hallé dispuesta á emprender este género de vida, y solamente lo dilaté por hacer todo lo posible para verme otra vez contigo, y renunciar en tu favor todas mis riquezas. En quanto á eso, replicó Don Abél, si vos habeis tenido valor para desprenderos de vuestros tesoros, yo le quiero tener para corresponderos con la generosidad de no aceptarlos. Perdonadme Poliandria, si os digo que fueron muy mal adquiridos, para que yo me prometa la seguridad de conservarlos, antes bien siempre estaria temiendo que tras de su disipacion se fuese tambien la de los que legítimamente poseo. ¿Pues qué he de hacer de ellos? replicó la arrepentida muger. ¿Queréis que tenga siempre á la vista estos objetos que perpetuamente me están acordando mis abominables disoluciones? No por cierto, repuso Don Abél. Lo que podeis hacer es consignarlos en manos de un discreto y timorato comisario, que tenga cuidado de repartirlos entre los pobres. ¡Oh! eso no, replicó con viveza Poliandria. Hay gran peligro de que al discreto y timorato comisario le deslumbre el esplendor del oro, y con-

vier-

vierta en enriquecerse á sí y á su familia, la mayor y mejor parte del pan destinado para mantener á los mendigos. Por mis manos pasó el caso de uno de estos Señores, á quien se le habian dexado las pingües rentas de cierta familia, para que todas las emplease en obras pías, y el tal Señor mio no hizo escrupulo de gastarlas todas en obras abominables. No, no, amado Don Abél, no echemos acuestas sobre la conciencia de ninguno un peso tan peligroso. Hagamos nosotros mismos el repartimiento de nuestras riquezas, y vamos á Turin, que allí encontraremos sin duda familias miserables, que perecen de hambre; doncellas pobres que peligran; oprimidos, que no saben donde volverse, y encarcelados, que padecen gran miseria. ¡O y qué bellas obras de misericordia serán éstas! Alto pues: no nos detengamos, que yo no veo la hora de ver tan bien empleado mi dinero. Don Manrique y yo quedamos gustosamente admirados de oír hablar así á una muger, que habia vivido en el mundo con tanta vanidad, y con tanta disolucion, no hartandonos de alabar á Dios por haber mudado aquel corazon, inspirandole máximas tan virtuosas, y tan santos sentimientos.

CA-

CAPITULO XIV.

Vuelve Don Abél á Turin. Scipion, y Don Manrique parten á Sicilia, donde se embarcan para Argél. Padecen una borrasca, y Don Manrique encuentra á sus hijos en una isla desierta.

Con efecto Don Abél y Poliandria, despues de haberse despedido de nosotros, partieron el dia siguiente la vuelta de Turin, para poner por obra sus piadosos y muy juiciosos proyectos. D. Manrique y yo baxamos á Regio por la Calabria: desde aquella ciudad atravesámos el Faro, y tomámos tierra en Mecina. Dexando luego aquella ciudad, volamos á Palermo, donde Don Manrique no cesó de solicitar noticias del renegado. Ninguno supo darle la menor luz, y entónces fué quando impelido del amor paterno, tomó la extraña resolucion de volver á Berbería. Puntualmente estaba pronto para pasar á Argél un navio Inglés, que habia hecho escala en aquel puerto. Mejor coyuntura no se le podia ofrecer á mi antiguo amo. Hizo su ajuste con el Capitan, y yo por no sé qué oculto presentimiento, de que aquel viage, aunque no tenia correlacion alguna con mis

mis intentos, todavía quizá me podría servir de algo para adquirir alguna noticia de Santillana, determiné acompañarle. Habíamos llegado ya á la mitad de nuestro viage, habiendo dexado á las espaldas la isla de Malta, quando nos vimos cogidos de una horrorosa y terrible tempestad. La furia de los vientos sacó fuera de linea á nuestro buque, á pesar de la gran pericia de nuestro piloto, y anduvimos perdidos por el Mediterráneo, sin saber dónde nos hallábamos. Finalmente, abanzado el viento, sondeado el fondo, y observada la altura nos hallámos poco distantes de los peligrosos bagios de Berbería. Una escarpada y montuosa isla, que descubrimos al despuntar de la aurora, que daba indicios de contener algun seno, donde pudiese fondear nuestro navio, nos hizo resolver á tomar tierra en ella, para repararnos algun tanto de lo mucho que habíamos padecido, durante la pasada tempestad; y es forzoso confesar que parecia habernos conducido alli la divina Providencia, para que lográsemos el afortunado encuentro que voy á referir. Aun no bien habíamos desembarcado del navio, con el ansia de pisar tierra, quando se nos presentáron dos jóvenes de bellísima presencia, en el mismo traje que acostumbran los esclavos de Berbería. Acudieron estos á las voces que daban los marineros, quando amaynaban las velas, y echaban las áncoras al mar, llevados solamente de la curiosidad, y deseo de saber de qué nacion era nuestro equipage. Quando conocieron que éramos Christianos,

nos, comenzaron á saltar de alegría, y se vinieron á nosotros, recibendonos con el mayor amor, y el mas cortesano modo. Ambos fixaron los ojos en Don Manrique, mirándole continuamente con la mas curiosa atención, hasta que al cabo de rato, no pudiendose contener el mayor de los dos, prorrumpió diciendo: ¡Ah! no, no me engaño. Vos, Señor, sois mi amado, mi venerado y mi suspirado padre; y diciendo esto, se arrojó á sus pies, bañado en dulcísimas lágrimas; siguióle luego el segundo, no menos enternecido que el primero. Consideren ustedes, qual sería la admiracion de Don Manrique, al encontrarse con sus dos hijos en aquel lugar, no podia hablar palabra por el exceso del gozo, y quando despues de un largo rato se desahogaron todos en aquellas ternísimas demostraciones que se acostumbran en semejantes casos, las cuales son mas fáciles de concebirse, que de explicarse; hijos míos, los dixo, con que al fin Dios me ha dado el consuelo de volveros á ver, y de encontraros. Ahora decidme, qual es vuestro destino, y qual es el de los demás vuestros hermanos. Todos estamos aqui, respondió el mayor, y todos gozamos de nuestra libertad, menos la de salir de esta Isla, porque esa nos la quita el mar que nos circunda, y la falta de barco para navegar. Al decir estas palabras, se dexó ver el Renegado, con el resto de la progenie de Don Manrique. Se renovó entonces el asombro en todos, y por largo tiempo la amabilísima prole de aquel buen Caballero estuvo regando el dulce seno de

su amado padre con las suaves lágrimas, que hilo á hilo hacían desprender de sus ojos el amor y la ternura. Viendose el Renegado en presencia de su buen amigo, no pudo menos de dar mil gracias al autor de todos los bienes por aquella tan no esperada fortuna. Mientras duraba esta escena, el Capitan del navio y los demás pasajeros levantaban los ojos al cielo, en señal de la grande admiracion que les causaba una aventura, cuyo misterio no podian entender. Conoció Don Manrique, que todos tenian grandísimo deseo de que se les explicase el secreto que se escondia en unas demostraciones de tan recíproco júbilo, como las que acababan de ver. Y así despues que él contó á todos la historia de sus casos particulares, suplicó al Renegado, que perficionase la obra, refiriendonos lo que le habia sucedido despues que partió de Palermo, y qual fué el motivo por qué no pudo cumplir la palabra de volver á aquella Ciudad en el término que él mismo se habia prefixado.

Mostróseme muy favorable la fortuna (así comenzó su relacion el Renegado) hasta que restituido á Argél, pude rescatar á fuerza de dinero á vuestros hijos, comprandolos á sus patrones. Esto me costó no poca fatiga, particularmente por lo que tocaba á las niñas, que habiendo crecido como veis, y siendo de extraordinaria belleza, sus dueños las destinaban á cosa muy diferente, que á comerciar con ellas. No habia mas que un medio, y éste le sabía yo, para sacarlas de las uñas de sus amos. Fuime derecho al Bey, y le dí á entender,

que yo deseaba regalarlas al Gran Señor, y logré mediante un gran desembolso, que el Bey interpusiese su autoridad con los dueños de las dos damitas. Luego que ví en mi casa á toda vuestra familia, equipé á mi modo mi navio, echando la voz de que iba á Constantinopla. Ya creerá Vmd. Señor Don Manrique, que teniendo muy presente mi palabra, luego que perdimos de vista las costas de Berbería, daría todas las providencias necesarias para volver á veros en Sicilia. Pero aquí fue donde comenzó á abandonarme la fortuna. Mi navio, por no sé qué fatalidad, empezó á hacer agua por todas partes, y nos vimos casi irremediabilmente perdidos. Despues de haber tentado en vano todos los remedios que enseña el arte, nos vimos precisados á recurrir al último y mas peligroso, que fue meternos todos en el esquite, para tomar tierra, si nos fuese posible, en la parte mas vecina. Hice entrar en él á vuestros hijos, y á un fiel esclavo mio, y cortado el cable, dexé al navio en inminente peligro de perderse con el resto del equipage. Caminé un dia y una noche por las ondas, sin descubrir ni un palmo de tierra por ninguna parte. Esto me representaba continuamente la espantosa imagen de una muerte próxima: lloraban inconsolablemente vuestros pobres hijos, y yo no teniendo con que ni aun siquiera divertir por un poco nuestra mortal hambre, todos veíamos amenazada nuestra vida de dos enemigos igualmente terribles y espantosos. Presentóseme al fin esta Isla, quando Dios quiso:

me dirigí á ella, haciendo toda la fuerza de remos, que aunque manejados por manos tan inexpertas como eran las nuestras, al cabo nos sirvieron admirablemente para llegar á la orilla. Saltamos luego en tierra uno despues de otro, y trepando al lugar mas alto de estos montes, miramos hácia todas partes, por si podíamos descubrir alguna habitacion. ¡Pero cuál fue nuestro espanto, quando extendiendo la vista hasta donde alcanzaban los ojos, todo lo vimos desierto y abandonado! No se descubrió el menor vestigio de persona viviente, y reynaba en toda la Isla un silencio lleno de horror. Entonces sí que nos dimos por absolutamente perdidos. Ningun sitio se encontraba donde nos pudiesemos reparar contra los ardientes rayos del Sol, que nos abrasaban de día; ni cubrirnos contra el copioso y frigidísimo rocío, que en aquel caprichoso clima casi nos helaba de noche. El terreno esterilísimo no producía fruta, ni aun yerba con que ir entreteniendo el hambre. En semejante estado nos parecía irremediable la muerte, y ya nos disponíamos para recibirla, pero con todo aquel horror, con que la esperan los hombres siempre que la miran cercana, quando oímos ladrar á un perro, aunque en alguna distancia. Esta es señal, dixé yo entonces con voz animosa y esforzada, de que cerca de aqui habita alguna persona humana, porque esta especie de animales no puede vivir sin el hombre; con que sin duda hallaremos algun asilo en nuestra desgracia, y asi vamos

mos siguiendo el son de la voz de aquella bestia. Entonces todos nos pusimos á escuchar con mayor atencion de donde salía aquella voz, y pareciendonos que salía de un profundo valle, que se veía al pie de la escarpada montaña, comenzamos á deslizarnos por la misma, bien persuadidos á que quanto mas nos fuesemos acercando, mayores y mas frecuentes serian sus ladridos. Así sucedió puntualmente: luego que nos descubrió el animal, comenzó á ladrar con mayor fuerza, viniendose hácia nosotros; pero quando llegamos á cierta distancia, nos volvió las espaldas, y como si solo hubiera venido á enseñarnos el camino, se convirtió en nuestra guia, y nos fue conduciendo al último ángulo del valle, donde vimos que se elevaba hasta las estrellas un soberbio y magnífico edificio en figura de sepulcro. ¿Es este (exclamé yo en un tono mas que de admirado) el Mausoléo de Artemisia? Seguramente que lograremos descubrir en él alguna cosa muy singular. No bien habia pronunciado estas palabras, quando hétele aqui, que se nos presenta una vieja con ojos legañosos, turbados y hundidos, muy enjuta de carrillos, como totalmente monda de dientes, dos ó tres mechones mas blancos que la nieve, sembrados á trechos por la cabeza, su trage á la africana, pero muy viejo, como que ya era un vestido bisabuelo, sostenida de un baston, con cuyo auxilio se movia á paso de tortuga jubilada. Acercandose á nosotros, quiénes sois, nos preguntó con

voz trémula y trabucante, ¿quiénes sois vosotros, y qué destino os ha traído á este lugar, donde há tanto tiempo que yo sola habito? Entendida con dificultad su pregunta, la dí cuenta de todos nuestros sucesos, y habiendo observado, que sus orejas, cansadas por la antigüedad de tanto como habian oído, eran un poco tardas en percibir mis palabras, levanté extraordinariamente la voz, para que me entendiese. Ora bien, replicó la vieja, venid todos conmigo, que quiero daros un poco de colacion. Hízonos primero andar al rededor del sepulcro, el qual era de figura semicircular, con una circunferencia como de cincuenta pasos regulares, en cuyo giro, acomodandonos á su paso, gastamos un buen quarto de hora, y abriendo una portezuela, nos hizo entrar en un quarto, en medio del qual vimos una arca de mármol, y observamos que todas las paredes estaban llenas de inscripciones berberiscas. Sentámonos todos aqui, y la vieja abrió otra portezuela, que franqueaba la entrada á otra estancia, de donde poco despues salió con una cesta llena de marisco, y otra atestada de bellotas dulces, presentandonos una y otra para que almorzasemos. Nuestro apetito era tal, que no ya las comimos, sino que las devoramos, y mientras tanto la decrepita bienhechora fue á traernos un poco de agua dulce, que la subministraba cierto manantial, que brotaba de una dura peña. Quando nos hubo refocilado con unos platos tan es-

307.

qui.

quisitos, nos dixo la buena muger, tratandonos con la mayor familiaridad y llaneza. No dudo que estareis pasmados de haber encontrado una persona viviente en un sitio como este, donde veis ese sepulcro. El misterio que se esconde en este extraordinario espectáculo es verdaderamente muy raro: quiero tener el gusto de contaroslo, para que vosotros tengais el de saberle.

CAPITULO XV.

Historia de la Vieja del Sepulcro en la Isla desierta.

Todos nos mostramos muy deseosos de oirla, y ella esforzando la voz todo lo que pudo, habló en la manera siguiente. Habeis de saber, Señores, que yo naçi en la Ciudad de Bugía, Capital de la Provincia de este nombre dentro de la Mauritania. Mi temperamento en mi juventud era muy ardiente, y por lo mismo muy inclinada á enamorarme. Conté hasta veinte maridos, los quales uno tras de otro en poquísimo tiempo se fueron al otro mundo. Me consideré entonces como una muger muy perjudicial al linage humano, y me pareció que hacía un acto heroico en huir la ocasion de enlazarme en nuevos matrimonios, por no cometer otros tantos homici-

ci-